

En Guzmán Avila, José Napoleón, *Uruapan. Paraíso que guarda tesoros enterrados, acordes musicales y danzas de negros*. Morelia (México): Morevallado Editores.

En busca de la felicidad. Entierros de oro, magia y alquimia en Uruapan.

Mendoza Arroyo Juan Manuel.

Cita:

Mendoza Arroyo Juan Manuel (2002). *En busca de la felicidad. Entierros de oro, magia y alquimia en Uruapan. En Guzmán Avila, José Napoleón Uruapan. Paraíso que guarda tesoros enterrados, acordes musicales y danzas de negros*. Morelia (México): Morevallado Editores.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/juan.manuel.mendoza.arroyo/30>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pmg4/pWh>



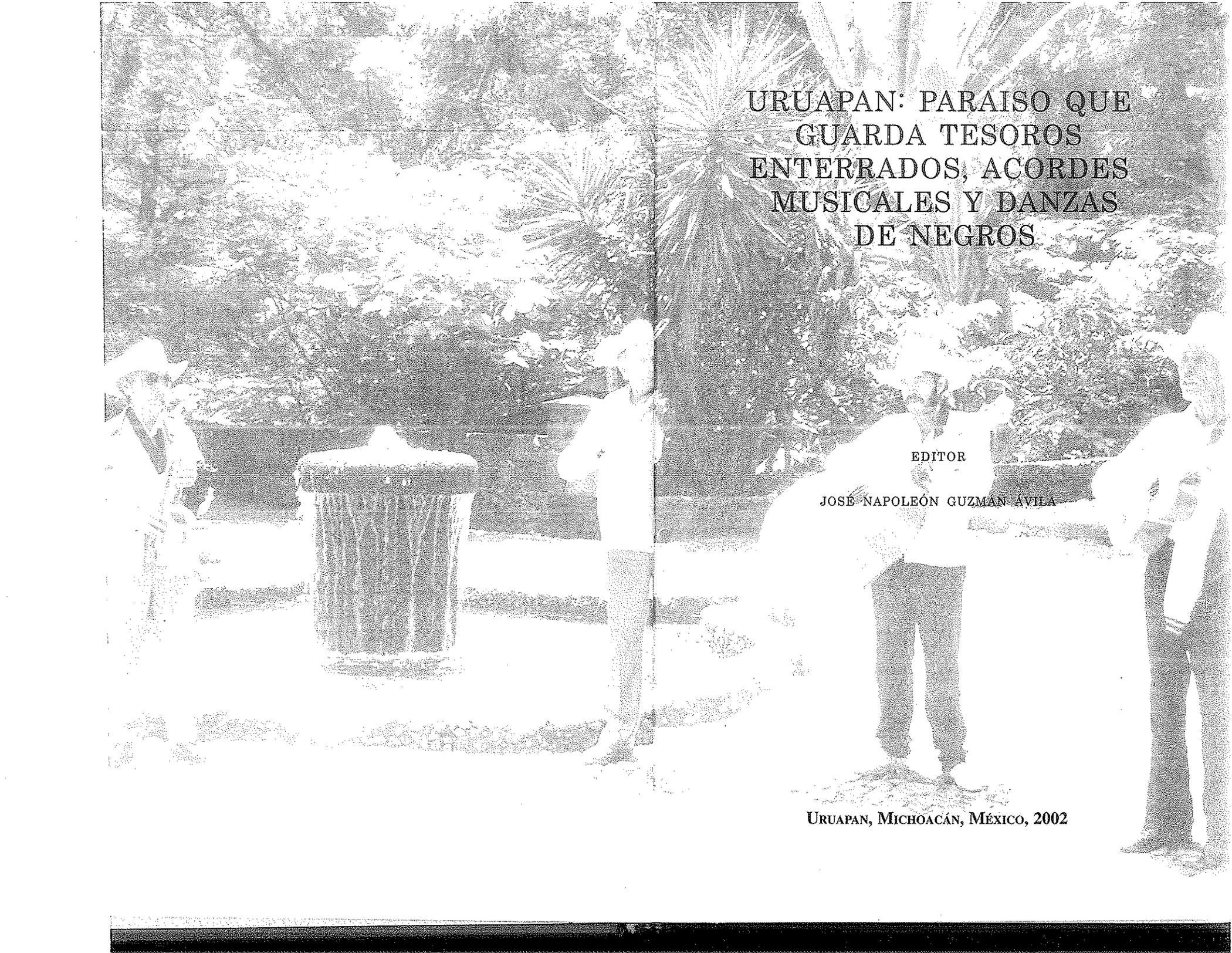
Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

Uruapan

Paraiso que guarda tesoros enterrados,
acordes musicales y danzas de negros

Biblioteca Uruapense



URUAPAN: PARAISO QUE
GUARDA TESOROS
ENTERRADOS, ACORDES
MUSICALES Y DANZAS
DE NEGROS

EDITOR

JOSE NAPOLEÓN GUZMAN ÁVILA

URUAPAN, MICHOACÁN, MÉXICO, 2002

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	5
José Napoleón Guzmán Ávila EL RÍO CUPATITZIO: ENTRE LA HISTORIA Y LA POESÍA	11
Ana Elizabeth Bárcenas Ortega ALGUNOS ANTECEDENTES DEL CULTIVO DEL AGUACATE	31
Juan Manuel Mendoza Arroyo EN BUSCA DE LA FELICIDAD. ENTIERROS DE ORO, MAGIA Y ALQUIMIA EN URUAPAN	51
Álvaro Ochoa Serrano ADAN Y EVA CANTARON EN URUAPAN	81
Jorge Amós Martínez Ayala ¡QUE BAILEN LOS NEGROS! DANZA E IDENTIDAD ÉTNICA EN URUAPAN	95
Carmen Alicia Dávila Munguía Oriél Gómez Mendoza DOMINGO DE RAMOS EN URUAPAN. TRADICIÓN Y SINCRETISMO CULTURAL	123
Carmen Espinosa Maldonado EPITAFIOS	153

Ing. Mario Cabrera.
Ing. Prisciliano Jiménez Rosales.
Ing. Rafael Estrada.
Roberto Mendoza Medina.
Salvador Elvira Vega.
Sergio Martínez Camacho.

Agradecemos a las personas que gustosamente nos proporcionaron información para escribir este texto, y pedimos disculpas por las omisiones involuntarias. Sabemos que son más los productores, ingenieros agrónomos e investigadores que han participado en esta aventura, los que, al igual que los citados, merecen el reconocimiento de sus conciudadanos.

EN BUSCA DE LA FELICIDAD. ENTIERROS DE ORO, MAGIA Y ALQUIMIA EN URUAPAN

Juan Manuel Mendoza Arroyo
Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Una vieja tradición

Uno de los recuerdos de infancia que mantengo vivo en mi memoria es la imagen de mi abuelo y tíos maternos sentados en el pequeño portal de su casa, en el barrio La Quinta. Solían charlar por las tardes después de la segunda ordeña; tomaban café mientras los pequeños sopeábamos el chocolate con duras piezas de pan traídas de la sierra. La vieja casa entonces me parecía enorme, la formaban dos pequeños cuartos de tabique, justo frente a la gasolinera. En su interior había una troje que mi abuelo construyó cuando fue arriero allá por los cuarenta del siglo pasado. Atrás, el solar se extendía hacia una barranca que en época de lluvia aumentaba el caudal del Cupatitzio. En él se criaban todo tipo de animales domésticos y se cosechaban una gran variedad de frutales: guayabas, chirimoyas, aguacate criollo, ciruelas, duraznos, limas y naranjos.

En casa del abuelo las pláticas vespertinas se prolongaban por horas: los mayores contaban las últimas noticias sobre el vecindario, el trabajo, la tierra y el ejido; sin descuidar otras no menos importantes como la salud de vacas, perros, gallinas y caballo. Siempre había tiempo para contar historias. Ese momento creaba su propia atmósfera, el narrador bajaba el tono y modu-

laba la voz que, por la aspereza de los años, marcaba pausas y definía certezas. Era la época en que la televisión aun no tenía completo dominio del tiempo de esparcimiento y, por tanto, bastaban narradores e historias para crear el ambiente envolvente del que surgían seres fantásticos: demonios, enanos, niños y mujeres de hermosa cabellera que deambulaban por cuevas, barrancos, arroyos y cruces de caminos.

También eran recurrentes los cuentos y anécdotas acerca de sitios donde fuegos fatuos anunciaban la presencia de tesoros ocultos. Estas historias tenían una enorme carga de realismo, pues daban santo y seña del sitio, describiendo una serie de lugares cercanos y familiares; referían la participación de personas conocidas, quienes eran invocadas por el narrador para atestiguar su relato. De igual manera, se describían diversas prácticas rituales necesarias para desenterrar con bien lo atesorado por la tierra y el tiempo.

Después entendí que muchas de las historias contadas por el abuelo eran parte de sus experiencias como buscatesoros. Pude advertir que su caso formaba parte de una rica tradición gambusina existente en Uruapan. No obstante, es pertinente aclarar que los uruapenses que se dedican a buscar dinero no son los únicos, ya que la afición por desenterrar riquezas es común a muchos pueblos de América, Europa, Medio Oriente y norte de África.

Ahora bien, ¿cómo podemos adentrarnos en el conocimiento de esta singular actividad? Primeramente es necesario reconocer que nuestro ejercicio sería ocioso si considerásemos apriorísticamente que dichas prácticas son elucubraciones de gente fantasiosa, o peor aún, embustes de timadores a la espera de incautos que patrocinan expediciones de antemano destinadas al fracaso. Si pensáramos así, descalificaríamos a quienes buscan la anhelada riqueza que celosamente guardaron bajo tierra los antepasados; tacharíamos de locos a quienes con pico en mano recorren casonas viejas y caminos reales, quienes cavan y no encuentran y no por ello abandonan su búsqueda, guiados tal vez por un afán

semejante al que siglos atrás tuvieron los alquimistas que intentaron transmutar los metales en oro.

El tema es escurridizo y es relativamente fácil colocar este oficio como una actividad al margen de la racionalidad con la que el mundo moderno construye su idea de progreso. Sin embargo, las sociedades y los grupos no pueden desligarse de sus religiones, sus creencias y toda una serie de formaciones simbólicas que remiten a un mundo "menos racional", o mejor dicho, a uno en donde existen otras racionalidades, las de un universo oculto y significativo: el de los sueños -según la apreciación de Sigmund Freud-

Hoy día somos capaces de comunicarnos en tiempo real casi a cualquier parte del mundo y aun así evitamos pasar por debajo de una escalera o derramar la sal; incluso muy pocos hoteles cuentan con una habitación cuyo número sea el trece. Si en nuestra modernidad conviven el avance científico y tecnológico con la superstición, el afán de progreso con la tradición, entonces por qué habría de extrañarnos que un grupo de uruapenses use varas adivinatorias, cirios, oraciones y un buen aparato detector de metales comprado en Estados Unidos para dar forma a un complejo ritual, encaminado a desencantar y desenterrar tesoros ocultos.

En efecto, el oficio de buscador de dinero no sólo implica ser diestro con la pala y cavar donde se cree está un tesoro. Ello es un proceso de varios pasos, los cuales mencionaré brevemente usando como referencia las charlas que sostuve con personas instruidas en la materia.

Primeramente diré que quienes buscan entierros son individuos nutridos por la tradición, concedores tanto de las historias referentes a espíritus que, en forma humana o animal, se aparecen en caminos y casas, como de sitios en donde fuegos multicolores marcan la presencia de objetos de valor. La segunda característica si se quiere aspirar a cierto prestigio dentro del gremio, es la técnica de búsqueda y marcado del sitio donde se piensa está confinado el dinero. Para esto se usan diversos métodos de radiestesia, ya sea las llamadas va-

ras españolas u orquillas, los péndulos, o en su defecto la asistencia de un adivino.

Antes de comenzar a hundir la pala en el suelo hay que estar preparado para enfrentar a los espíritus que custodian todo tesoro, y evitar que quienes lo buscan adquieran alguna enfermedad ocasionada por la inhalación de gases producidos por los metales y objetos viejos. Hay que llevar al lugar una botella con vinagre y otra con gasolina. La primera para beber -ya que dicen que el vinagre es buen remedio preventivo para el azogue- y la segunda para quemar en caso de que dicho azogue salga al ambiente. Si todo esto falla, y sólo como medida preventiva, se recurre a la asistencia de un curandero que atienda ese malestar conocido como enazogamiento.

Si bien los procedimientos descritos parecen formar parte de las creencias marginales de un grupo de campesinos viejos, el fenómeno no es en forma alguna fortuito, ya que involucra una red de relaciones en la que se mezclan la práctica de buscadores, adivinos y curanderos. El diálogo que pueda haber entre ellos guarda relación con la existencia de símbolos y saberes compartidos.

Uno de estos entendimientos, quizá el más recurrente, sea suponer que la actividad involucra un componente espiritual sin el cual no podría llevarse a cabo y fracasaría. Es decir, hay la creencia de que para poder buscar dinero es necesario tener una personalidad y carácter cuyos atributos serían: un alto sentido de cooperación y solidaridad que impidan la envidia y la avaricia, esos sentimientos negativos harían fracasar la empresa, pues de aflorar el tesoro enterrado desaparecería o transmutaría en piedra, arena o tierra.

La existencia de tales creencias supone que esos campesinos viejos custodian, tal vez sin saberlo, una tradición que articula antiguas formas de pensamiento medieval y alquímico con otra serie de conocimientos, propios de las culturas locales. Veamos algunos antecedentes.

El camino de la tradición

Las referencias más lejanas sobre el tema del dinero oculto provienen de la Europa medieval. Tras la caída del Imperio Romano a manos de diversos grupos eslavos, normandos y germanos, la nueva sociedad retomó una serie de valores propios de estos grupos, cuyo estadio de desarrollo era muy similar al de los pueblos primitivos que carecían de una estructura de clases. El proceso de cristianización moldeó la vida medieval sin eliminar por completo las concepciones de los pueblos bárbaros. Por el contrario, se amalgamaron en compleja síntesis de creencias cristianas y antiguas.¹

Como sabemos, las invasiones se caracterizaron por el saqueo de riquezas. Sin embargo, al iniciar la edad media, la actividad mercantil de los grupos bárbaros giraba en torno al intercambio simple de mercancías y no concebían a los metales preciosos como moneda. Entonces, ¿cuál era su uso? ¿qué tipo de valoración les era asignado a estos metales? Generalmente monedas y objetos eran fundidos y transformados en barras de oro. Una parte se destinaba a la fabricación de anillos, brazaletes, broches y otros adornos, en tanto que la otra era enterrada.

No obstante que algunos de estos entierros se originaron por la preocupación de sus antiguos dueños ante las constantes incursiones guerreras y los saqueos, había otros que no tenían ese móvil. Se sabe que escandinavos, germanos y normandos enterraban sus tesoros para nunca rescatarlos. Los propietarios, por su parte, escondían su dinero antes de morir ocupándose de que no quedaran testigos. A decir de Aron Gurievich, dichos grupos:

...conocían de sobra el elevado valor del oro y la plata en otros países, y ellos mis-

¹ Gurievich, Aron, *Las categorías de la cultura medieval*, España, Taurus Humanidades, 1990, p. 245.

mos les concedían una importancia singular: no en vano escondían metales preciosos; pero, por regla general, no los ponían en circulación en sus relaciones comerciales.

Así pues, los normandos, de una parte, apreciaban los metales preciosos y trataban de conseguirlos por todos los medios; y, de otra, no los utilizaban en el comercio, escondían las monedas en la tierra, en los pantanos y hasta los sumergían en el mar... usaban las monedas de una manera totalmente desconocida para los pueblos que las utilizaban en el comercio, cosa que resulta incomprensible para no pocos científicos modernos.²

Sin embargo, aclara este autor, la actitud de los antiguos germanos y escandinavos con respecto a los metales preciosos sólo es entendible si dejamos de enfocar la cuestión desde el punto de vista económico y mercantil, y consideramos el ámbito de la vida espiritual. Para ellos, los objetos preciosos que poseían los hombres "encarnaban sus cualidades personales y en ellos estaba centrada su felicidad y su éxito, perderlos significaba perecer, perder las cualidades más importantes y la suerte en el combate".³ Debido a eso los normandos se esforzaban por esconder las monedas que habían logrado reunir. Si el tesoro permanecía oculto, se preservaba la suerte del propietario. Plata y oro poseían entonces un poder sagrado y mágico.

De igual manera, entre estos pueblos existía la costumbre de redistribuir aquellos otros bienes que no fueran metales preciosos. Era común el intercambio de banquetes, bienes y servicios, para fortalecer y mani-

² *Ibid.*, pp. 247-248.

³ *Ibid.*, p. 248.

festar la lealtad y la amistad. Se pensaba que al regalar objetos y alimentos el donante transmitía un parte de sí, de manera que quienes recibían el presente quedaban estrechamente vinculados a aquél. Si un presente quedaba sin correspondencia entrañaba peligros para quien lo recibía sin dar nada a cambio. La avaricia de quien eludía regalos y evitaba corresponder, ponía en peligro su propia prosperidad.⁴

Con el fortalecimiento del cristianismo y el arribo de la sociedad feudal se dieron una serie de cambios que remarcaron el antagonismo entre clases sirvientes y propietarias, muchas concepciones comunales pervivieron de manera sincrética con los planteamientos cristianos. De hecho los Padres de la Iglesia señalaban en sus prédicas que los primeros hombres, inocentes y conviviendo con Dios, no conocían el trabajo y la propiedad, puesto que el Señor deseaba que el fruto de la tierra y la propiedad fuese común. Para ellos el pecado de la avaricia era lo que había conducido a la implantación de la propiedad privada.⁵ La propiedad era entonces, resultado de la imperfección humana y del pecado original. Por ello, en El Evangelio según San Mateo (VI, 19-21, 24) se condena el pecado de la avaricia utilizando como metáfora el entierro de dinero:

No os amontonéis tesoros en la tierra,
donde hay polilla y herrumbre que corroen,
y ladrones que socavan y roban.
Amontonaos mas bien tesoros en el cielo,
donde no hay polilla ni herrumbre que corroan,
ni ladrones que socaban y roben.
Porque donde esté tu tesoro allí estará tu corazón.
... No podeis servir a Dios y al dinero.

Pocos eran los que cumplían la recomendación. Para muchos, propiedad y desigualdad eran conceptos asociados al pecado original, y por tanto, de difícil erradi-

⁴ *Ibid.*, pp. 252-261.

⁵ *Ibid.*, p. 265.

cación. El ideal del buen cristiano fue asociado al pequeño propietario que cubría sus necesidades básicas; el acumular riqueza implicaba avaricia. Estas primeras aseveraciones expuestas por la Iglesia primitiva se matizaron con el tiempo, en la medida en que el clero acumuló propiedades y estrechó vínculos con los grandes propietarios. Paulatinamente el pecado de la avaricia fue perdiendo el lugar que antaño tenía en los sermones eclesiásticos. Se fue imponiendo el "no robarás" que protegía la posesión, claro, con sus matices, ya que planteaba la necesidad de una redistribución parcial de los bienes mediante la caridad y la limosna.

En el territorio español, este proceso de influencias culturales revistió características particulares. Allí el paso de los grupos bárbaros comenzó tras las primeras incursiones de suevos, vándalos y alanos en el año 409 d.C., y por los visigodos un año después. La destrucción del imperio occidental en el año 476 fortaleció la posición de estos últimos, de manera que para el 507 controlaban las vertientes norte y sur de Los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico en el norte, y por el sur hasta la zona gallega. Posteriormente, en el año 589 visigodos e hispanoromanos se aliaron tras la celebración del III Concilio de Toledo, que otorgó a los primeros el poder ejecutivo en los reinos y a los segundos el eclesiástico. Pero, el poderío de la nobleza visigoda llegaría a su fin cuando, enfrentados sus intereses a los de los propietarios rurales, fueron presa de la ocupación musulmana en el siglo VII.⁶ Con el arribo de este nuevo grupo se introdujeron a la península un conjunto de saberes, como la astronomía y la alquimia.

En el primer caso, la astronomía griega había sido exportada a Persia y a la India, sufriendo modificaciones y un notable desarrollo. Los astrónomos árabes incorporaron muchos de estos avances, integrándolos a los desafíos que les imponía su propia cultura. En el caso de la alquimia, sabemos que su auge ocurrió en Alejandría,

se trasladó después a Bizancio y reaparece hasta la edad media gracias a pensadores árabes como Jabir Ibn Hayyant (721-815), conocido en occidente como Geber.⁷

Sin embargo, el saber árabe había tenido hasta entonces una débil difusión en la península. La situación cambió en el siglo XI, periodo en el cual los monasterios dejaron de ser los centros únicos del saber al abrirse las llamadas escuelas catedralicias. Allí estudiaban tanto clérigos como otro tipo de personas que deseaban obtener conocimientos sobre las artes liberales (carreras judiciales, medicina, etc.). En estas escuelas se transmitían los saberes filosóficos y la ciencia aristotélica promovida por los árabes.

No fue sino hasta el siglo XII que dichos conocimientos se propagaron, al traducirse del árabe al latín más de cien obras.⁸ Así, los textos alquímicos de Rhases y Avicena, fueron traducidos al latín por el monje Gerbert, quien llegó a ser papa bajo el nombre de Silvestre II. Sus traducciones marcaron el apogeo de la alquimia durante el siglo XIII. Muchas de estas obras fueron impresas y traducidas a diversos idiomas durante el renacimiento.⁹

A diferencia de lo que generalmente se piensa, el alquimista medieval no buscaba la transmutación de unos metales en otros como fin único y último, sino que consideraba su práctica como una forma de realizarse espiritualmente. Los alquimistas eran hombres profundamente religiosos: atribuían a Dios un carácter trascendental, identificándolo con el universo. Paracelso había dicho que el macrocosmos era el universo, un conjunto animado y divino, en el que vive un microcosmos armónico: el hombre. Suponían que el sol era el alma

⁷ Keickhefer, Richard, *La magia en la edad media*, (traducción castellana de Monserrat Cabré), Barcelona, Editorial Crítica, p. 128.

⁸ *Ibid*, p. 129.

⁹ Palau García, Pedro Angel, *Esta es toda la magia. Alquimia, literatura, emblemática* (Colección Catalejos No. 25), México, Gobierno del Estado de Puebla, 1998, p. 20.

⁶ Martín, José Luis, *Historia de España*, tomo II, "La Edad Media, siglos V al XII", España, Instituto Gallach, pp. 7-12.

del cosmos, la fuente de toda energía, y el oro su metal asociado. Para ellos la fabricación de oro representaba un ideal de perfección y enriquecimiento de la vida interior mediante la recreación del mundo, acontecimiento alcanzado cuando se realizaba lo que ellos denominaban la "Gran Obra", o la transmutación de los metales en oro. Tal vez por ello, quienes practicaban el oficio desdénaban a los que sólo buscaban convertir metales, llamándolos despectivamente químicos o sopladores.¹⁰

Junto con la alquimia, los árabes introdujeron a España diversos métodos de adivinación. El uso de varas destinadas a ese fin se hizo común entre la población. La práctica no era del todo desconocida para visigodos e hispanorromanos. Las creencias antiguas del norte de Europa veían en las ramas doradas de muérdago la cualidad de descubrir tesoros enterrados,¹¹ misma propiedad que los grupos germanos que habitaron las fronteras del Imperio Romano le atribuían a las varas de ave llano. De hecho, el historiador Cornelio Tácito en su *De origine et situ germanorum*, en el siglo I aludía a lo que llamaba *virga mercurialis* (vara de mercurio). Durante la edad media, la palabra *virgula* continuó usándose, y sólo se sustituyó el calificativo vinculado al dios Hermes (mercurio) por el de *divinatoria*. Así, la *virgula divinatoria* (vara adivinatoria), comenzó a ser referida en varios textos.¹² Sin embargo, fue durante la ocupación árabe cuando su uso logró mayor difusión y reconocimiento.

Tanto árabes como judíos reconocían que toda persona tenía la posibilidad de ejercer el don de la adivinación. El filósofo Maimónedes, rabí que vivió en El Cairo en el siglo XII, en su *Guía de los perplejos* asienta que:

¹⁰ *Ibid*, p. 20.

¹¹ Frazer, James George, *La rama dorada. Magia y religión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 789.

¹² Bird, Christopher, *El gran libro de la Radiestesia*, Barcelona, Ediciones Roca, 1989, p. 87.



Escena minera, acción del zahori usando la "virgula divina". Tomado de Sebastian Münster, *Cosmographia universalis*, Basilea, 1550.

...la facultad de la adivinación (que se encuentra en los profetas) existe en todos los hombres y varía por el más y el menos. Existe para las cosas que el hombre se preocupa y sobre las cuales discurre su pensamiento... Encuentras que en un hombre la facultad de colegir y de adivinar es de tal manera fuerte y justa que casi todo lo que, en su imaginación, cree él que es, es (realmente) tal como él se lo ha imaginado, o lo es en parte.¹³

Luego de la reconquista española y de la expulsión de los moros, el uso de las varas adivinatorias se preservó integrada a la tradición cristiana y creencias antiguas. Claro ejemplo de este sincretismo lo tenemos en el libro *El Dragón Rojo, o el arte de mandar espíritus*, publicado en 1521, el cual da cuenta de una plegaria ligada al proceso de fabricación de las varas:

...la tarde antes de la gran empresa, saldrás en busca de una vara o vastago de avellano silvestre que jamás ha sido tocada y que se asemeje a una vara en forma de horquilla. Sólo la tocarás con tus ojos, aguardando hasta la mañana siguiente, el día de la acción, que irás a cortarla al amanecer, le quitarás todas las hojas y las ramas pequeñas, si las tiene, utilizando para ello un cuchillo de acero que se haya empleado para degollar a un animal como sacrificio. Empieza a cortarla justo cuando veas salir el sol, y en tanto que lo haces, pronuncia estas palabras: "te ruego,

¹³ Maimónedes, *Guía de los perplejos*, (Colección Cien de México), versión León Dujovne, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, tomo II, p. 227.

1^o Manier^e de tenir la Baguette.



2^o Manier^e de tenir la Baguette.



Formas de utilizar las varas adivinatorias. Tomado de Pierre de Vallemont, *Física oculta o tratado sobre la varilla adivinatoria*, París 1893.

oh gran Adonai, Elohim, Ariel y Jehová,
que des a esta vara la fuerza y la virtud
que las de Jacob, Moisés y el gran Josué.¹⁴

Además de las llamadas horquillas, los españoles desarrollaron el uso de dos pares de varas "enhorquilladas" en la punta, las cuales mantenían en equilibrio una con la otra y cuyo manejo tenía que ser realizado por dos personas. La referencia más antigua de su utilización aparece en el compendio de magia de Giambatista del la Porta, publicado en Nápoles en el año de 1569.¹⁵ Es de suponer que el uso de este singular instrumento llegara a Nueva España asociado a la expectativa del español por encontrar los tesoros de las nuevas tierras.

No resulta del todo extraño encontrar en los archivos coloniales referencias sobre personas que usaban dichas varas como método de búsqueda de oro y metales preciosos, sobre todo cerca de los sitios mineros. Al menos eso parece indicarnos un documento de 1755, ubicado en la sección de Inquisición del Archivo Histórico Casa de Morelos. En él se acusa de adivino y supersticioso a Joaquín Feliciano Sánchez, apodado *zahorín*, español y natural de Pachuca, quien trabajaba en las minas de Tlalpujahua usando "cuatro palillos fabricados del corazón de la palma de San Pedro Mártir, que sirven para buscar vetas y dinero enterrado".¹⁶ Entre los aspectos interesantes del caso es que confirma no sólo la continuidad de esta singular práctica en Nueva España, sino también el vocablo usado para designar a quien la realiza. La palabra *zahorín*, empleada en Tlalpujahua para apodar a don Joaquín Feliciano, deriva del árabe *zahorí*, que refiere a la persona que emplea las varas como medio de adivinación.

¹⁴ *La Dragon Rouge ou l'art de commander les esprits celestes*, Nimes, 1823. Citado en Christopher Bird, *Op. Cit.*, p.88.

¹⁵ Porta, Giambatista de la, *Magía Naturalis*, Nápoles 1569, citado en *Ibid*, p. 138.

¹⁶ Archivo Histórico Casa de Morelos, Inquisición, siglo XVIII, C. 1237, Exp. 40, f. 83.

Hasta aquí hemos visto que la España medieval se nutrió de una serie de tradiciones vinculadas a entierros de oro, alquimia y uso de varas adivinatorias, mismas que después se trasladaron a la Nueva España. Dichas prácticas no fueron lo único que heredamos de la madre patria, también recibimos como legado la costumbre de narrar cuentos sobre entierros de oro, e incluso el afán por desenterrarlos. Ello además de mostrarnos la pervivencia y transmisión de una tradición, también evidencia el arraigo de ciertas formas de pensamiento medieval y alquímico presentes en quienes se dedican a esta azarosa actividad.

El paso del tiempo y al arribo de la modernidad han debilitado la tradición; los métodos científicos de búsqueda de metales y minerales no han sustituido las creencias que mantiene buena parte de la población sobre las bondades de las varas adivinatorias, los cirios y las oraciones como métodos eficaces para buscar y desencantar el oro oculto en las entrañas de la tierra. Tampoco se ha perdido el interés por las historias de tesoros. Por tanto, podemos decir que la tradición de la España árabe aún mantiene vigencia, al menos para la generación de los abuelos, quienes la han recreado adaptándola a contextos locales donde las influencias culturales indígenas y africanas tuvieron mucho que aportar.

La práctica de buscar dinero es una ventana que permite mirar al pasado, a las tradiciones heredadas y al presente que nos muestra lo que somos, y porque no, lo que hacemos.

Entierros de oro en Uruapan, una tradición para contar

En su *Introducción a la Historia Universal*, obra escrita entre 1374 y 1378, Ibn Jaldum, se quejaba de que:

Entre los habitantes de las grandes ciudades (árabes), se encuentra mucha gente de débil

mentalidad que, con la esperanza de enriquecerse, busca con insistencia el medio de sacar del seno de la tierra los tesoros. Se imaginan que la tierra oculta todas las riquezas de los antiguos pueblos, y que se ha sellado sobre esos tesoros con talismanes mágicos que nadie puede romper, a menos que se tengan nociones de la ciencia respectiva, y del empleo de las fumigaciones, los conjuros y los sacrificios apropiados para romper el encantamiento... cuentan, al respecto, varias historias que tienen toda la similitud de las fábulas: algunas de esas gentes, haciendo excavaciones en busca de esa especie, dan con el sitio de los tesoros, cuyos respectivos talismanes desconocen por completo, y que encuentran los depósitos, unos vacíos, otros llenos de gusanos; o bien observan montones de dinero y de joyas delante de los cuales se mantienen los guardias con las espadas desenvainadas en la mano; o bien todavía, sienten que la tierra se estremece, como si estuviera a punto de tragarlos... (luego) interrogan a los viajeros para sacarles informes sobre los hechos extraordinarios de esa especie y muestra por el asunto la misma pasión que por la alquimia.¹⁷

Para Ibn Jaldum la reproducción de tales historias así como la arraigada creencia de encontrar la riqueza sin necesidad de trabajar, eran factores que perjudicaban la vida de los pueblos árabes. No obstante, dichos saberes, -sostenía el mismo- están profundamente anclados en la mentalidad popular de manera que éstos llegan a ser transmitidos de una generación a otra. Si-

¹⁷ Jaldún, Ibn, *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 680-681.

glos después, el escritor norteamericano Irving Washington corroboraría las aseveraciones de Jaldum.

En 1842 Washington fue nombrado embajador de Estados Unidos en España. Con ese cargo recorrió toda la península, pero sobre todo, las tierras andaluzas. En su libro *Cuentos de la Alhambra*, escrito en torno a una serie de historias construidas sobre ese monumento de Granada, afirmaba:

El pueblo español ama la fantasía y narra, a la manera oriental, historias maravillosas. En las noches de verano se agrupan en las puertas de sus casas o alrededor de las grandes y profundas chimeneas de las ventas, durante el invierno, escuchan con verdadero deleite las historias de los santos, las aventuras de los viajeros y las hazañas de los bandidos contrabandistas.... El tema más popular y persistente y con mayor raigambre en el país, es el de los tesoros enterrados por los moros. Al atravesar las escarpadas sierras, escenario de antiguas batallas y acciones de guerra, se ve alguna atalaya morisca levantada sobre peñascos o dominando alguna aldea levantada sobre las rocas; si sentís curiosidad por saber algo de ella y preguntáis a vuestro arriero, dejará de fumar su cigarrillo para relataros alguna leyenda de un tesoro musulmán oculto bajo sus cimientos; y los alcázares ruinosos de cualquier ciudad, tienen todos su dorada tradición que se transmite de generación en generación por las gentes humildes del contorno.¹⁸

En Uruapan, al igual que en Granada, las leyendas sobre tesoros ocultos se encuentran a la orden del día.

¹⁸ Washington, Irving, *Cuentos de la Alhambra*, (Clásicos Juveniles), España, Alba Edivisión, 1999, p.7.

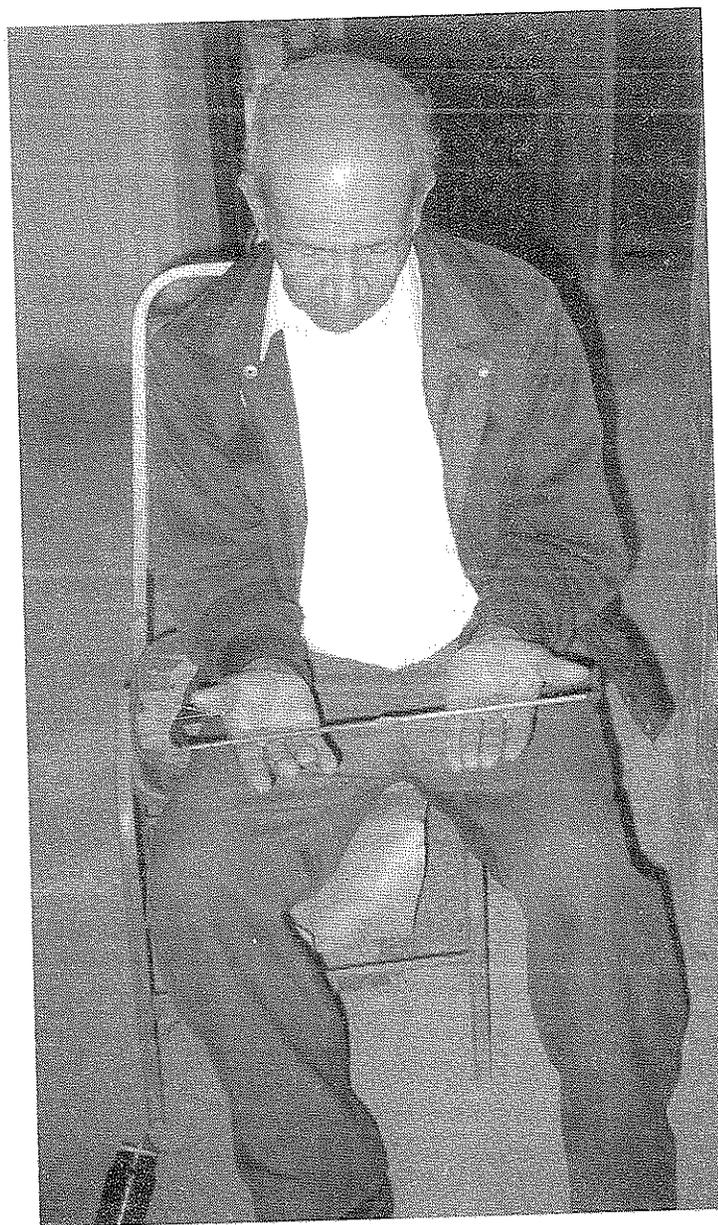
Ellas alimentan la conversación, “la charla en confianza” que se realiza entre amigos y familiares dentro de ciertos marcos de convivencia y solidaridad que, apreciados lectores, espero haberme ganado a lo largo de este recorrido, sólo así les podría decir con tono bajo y modulación en la voz: “ahí les va una de tesoros”.

El narrador de esta historia, don Felipe Cuara, es un hombre de aproximadamente 77 años que vive en el vecino poblado de Nuevo San Juan Parangaricutiro. Él, a decir de varias personas dedicadas a esta actividad, es un reconocido buscador de oro. En las siguientes líneas nos contará de viva voz una de sus muchas experiencias:

“Estaba chico, tendría unos 15 años; mi papá era mediero en Arandin y vivíamos en el rancho del Manguito. Me acuerdo que una vez estando en Arandin mi papá me dijo que me llevara los animales pa’ la casa y por el camino real cerquita del Paso de Tierra Caliente las mulas se salieron del camino y bordearon por el monte, en medio estaba un toro grandote, ¡bonito el animal! Lo vi, estaba quietecito, pero no me le acerqué y me salí a arrear las mulas y cuando voltié ya no había toro, había desaparecido, sentí que me entró el miedo. Dicen que ese toro se aparece por allí, que cuida algo.

Mas antes, cuando no había bancos, la gente enterraba el dinero y sólo quien lo escondía sabía ‘ontaba. Ese dinero después lo sacaban, pero había otro que se enterraba pa’ siempre. Decían que era la forma de agradecer a Dios por las cosechas, por las crías de animales y por tener buena salud. Ese dinero debía quedarse allí, enterrado y por eso lo encantaban. Una manera era dejarle un toro cuidándolo, para eso la gente mataba un becerro o un toro grande, se lo comían y después curtían el cuero y hacían un zurrón donde se ponía el dinero. Entonces el espíritu de ese toro se quedaba allí para cuidar que nadie se acerque.

De la vez que se me apareció el toro pasaron más de veinte años. Entonces yo ya vivía aquí en San Juan pero seguía trabajando en el manguito, en una huerta de aguacate. Seguido pasaba por allí y siempre me resba-



Luis Mendoza muestra la manera de usar las varas españolas

laba con una piedra lisa, de esas piedras lajas. Entonces yo sabía que un tío mío tenía unas varas, pero ya había muerto y tenía un entenado, se llamaba Sebastián y la llevaba muy bien con él, le dije:

-Sebastián, una pregunta, las varas que tenía mi tío, ¿no sabes quien se quedó con ellas?

-Yo me quedé con ellas, me dijo, pero marcan muy poco porque les falta azogue.

Entonces yo no conocía nada de las cuestiones de azogue. Me prestó las varas y compré azogue, pero no lo conocía y me vendieron unas cápsulas que no sirven pa' nada; les di una untada, pero yo no sabía que no servían. Las varas marcaron once partes en un pedazo de cincuenta metros en cuadro. Ahí se quedó la marca como 14 años. Una vez a un adivino le platiqué de eso, me dijo que las varas no habían marcado bien porque las había usado solo y se requiere de dos que las manejen. Ese adivino fue allí y habló con el dueño de ese dinero, se llama Efrén el señor, y la esposa se llama Severa y la dicha Severa tiene una olla enterrada y don Efrén tiene ese zurrón de toro, pero don Efrén dijo que pa' sacar ese dinero hay que llevar un palo de medio metro de largo, tanteando el grueso que pueda uno manejarlo, pero de medio metro de largo, hay que ir o muy noche o muy temprano cuando no pase gente por allí, entonces te va a salir el toro, te va a retar y tu le vas a salir con el palo agarrándolo con las dos manos, a intentar darle un leñazo en la cabeza. Si uno no le pega y el toro lo llega a tocar, allí queda usted, pero si usted le gana a la buena al toro, le dejará sacar el dinero. Nadie le entramos de esa forma porque yo me veo maneado pa' con las dos manos, fuera nomás con una, pero con las dos no le salgo.

La otra forma, nos dijo el adivino, es ir entre varios para que mientras unos escarban otros recen para que el toro nos deje en paz. Pasaron como siete años, yo tenía todavía las varas de mi tío, ya había comprado azogue y me las había bendecido el cura de San Juan. Entonces le dije a Salvador uno que trabajaba allí conmigo en el manguito:

- Oyes vamos a marcar a un lugar en donde creo que hay algo enterrado.

Fuimos y la marca nos llevó como cincuenta metros, a un lado del camino en donde estaba esa piedra lisa. Un sábado, a mí y a Salvador nos dice el señor Ayala, el dueño de la huerta:

-Sabén que, párale de cajetear y se van a San Juan mañana, consiguen tres empedradores, yo te voy a mandar un peón de aquí de Uruapan. Te llevas al tractorista a donde hay piedra por que van a empedrar ahí del mango pa' arriba hasta La Noria, toda esa parte que le dicen la cuesta de Los Ángeles.

Al día siguiente empezamos, el primer viaje lo cargamos donde estaba la piedra lisa. De ahí nos fuimos al lugar donde había marcado, rejuntamos los montones de piedra y se fueron a descargar y yo me fui a la primera marca, escarbé y me encontré un tronco atravesado y abajo cantidad de loza. Lo que había allí, lo escondí y en la noche me lo llevé pa' la casa. Al siguiente día le dije al tractorista y le enseñé lo que había sacado. Entonces quedamos con él y con Salvador que al día siguiente íbamos a ir. Les dije que estaba un adivino en tal parte, que si me ayudaban a pagarle para que nos viniera a ayudar, dijeron que si y me fui por ese adivino. De las dos partes donde habíamos marcado les dije que le pegaran a la primera y que no escarbaran en la otra marca.

Al adivino lo traje y le pedí que me buscara una espuela de plata que se me había perdido, sacó una botellita de a cuarto, de esas de aperitivo de Charanda de Tancítaro, con tanto así de agua. Emparejó la tierra, le dio un golpe con la botella, la subió pa' arriba y luego la bajó y así como tres veces.

-¡Para que me mientes!, me dijo, tu no perdistes nada de espuela.

- Si mire, ahí pal' malpaís, ahí anduve buscándola.

-Tú dejaste gente escarbando, luego me llevó al pozo.

Dijo:

-Mira, no escarbaron donde los dejaste, y ahí está un envidioso, uno se golpeó la mano con la pala y el otro

brincó al pozo, sacó la pala y quiso hacer lo mismo y el matacal se transformó en pura piedra grande, y fue cuando oyeron un ruidaso, como que se fue una cosa pa' abajo.

Yo sé que el dinero sigue allí, nada más que se escondió. Eso pasa cuando hay envidias. Por eso yo siempre he dicho que no es difícil encontrar dinero, lo difícil es hallar compañeros, gente que sea de confianza, que no te traicione y si te ayude, eso es lo difícil. Yo todavía sigo buscando ese oro, se que está en algún lado al bordo del camino real, entre el Cerro Chino y el Paso de Tierra Caliente.¹⁹

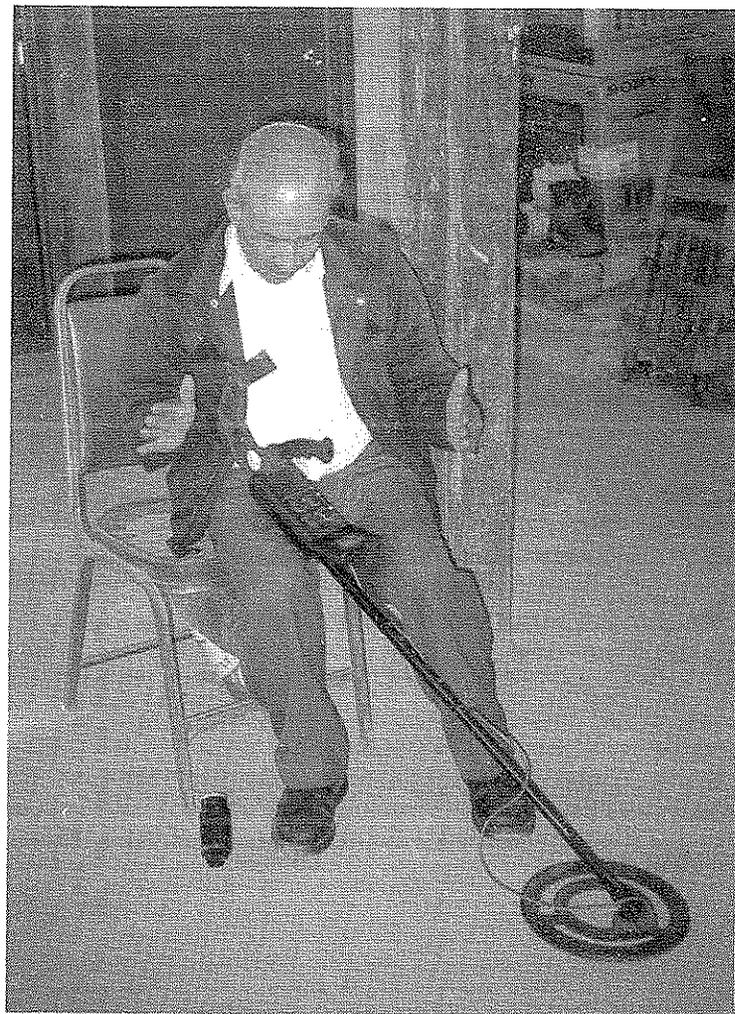
En la narración, la búsqueda del tesoro pasa por tres momentos :una aparición mítica, un secreto oculto y un sentido de perfeccionamiento interior basado en un anhelo comunitario. Veamos cada uno de ellos.

Una aparición mítica

La de un *toro* que *cuida algo*, y ese algo es dinero que no debe ser desenterrado por ser ofrenda a Dios. La única posibilidad de hacerlo es enfrentando al espíritu del toro que lo custodia "*te va a retar a enfrentarlo*". El riesgo de esa osadía puede ser pagado con la muerte si en el enfrentamiento "*el toro te llega a tocar...*" En esta aparición el toro es un ser mitificado en el que se expresa la relación del hombre con lo sagrado; un arquetipo antiguo o representación heredada que en algún tiempo mantuvo un significado explícito como parte de un modo de ver el mundo, y que ahora se presenta algo vago o desconocido para nosotros.

La presencia del toro como vigilante de ofrendas y tesoros es, además de antigua, común en varios lugares. Si navegamos por internet revisando las páginas turísticas de las provincias latinoamericanas y españolas encontraremos varias referencias a sus tradiciones y

¹⁹ Entrevista con Felipe Cuara, Nuevo San Juan Parangaricutiro, 17 de marzo del 2001.



Otro método para detectar tesoros

leyendas. En no pocas aparece la mítica figura del “toro negro”, ya como espíritu guardián o incluso como un contenedor de la riqueza, sobre todo en el caso de “los zurriones hechos con piel de toro”, las esculturas y la cerámica con forma de dicho animal. Ya Irvig Washington en su libro narra un hecho suscitado en Antequera y cita otro de iguales características ocurrido en Sevilla. En ambos casos, en la cabeza cerámica de un toro que daba origen a una fuente se hallaba la inscripción: “En frente del toro se haya el tesoro”. En el caso de Antequera la inscripción motivó la codicia de los lugareños que cavaron alrededor sin encontrar nada, hasta que un poblador entendió mal la inscripción dándole un martillazo a la frente del toro. Al destruir la escultura, la fuente se secó dejando al pueblo sin agua.

En Molino de Carrizales, España existe un relato semejante al anterior, justo en un lugar donde hay una piedra llamada “Cabeza de Toro”, conocida así porque tenía grabada en el extremo superior una hornacina con la forma de Las Tablas de la Ley Mosaica. De dicha piedra se cuenta que guardaba un tesoro consistente en varias barras de oro, según el dicho ya referido: “En frente del Toro se haya el tesoro”. Muchos lo buscaron infructuosamente hasta que “un buen hombre, apodado ‘cejas blancas’, se lo halló por azar”.²⁰

En Colombia, en el lugar conocido como Alto Vicario, ubicado a mitad de camino entre Ocaña y el santuario de la virgen de Torcoroma, hay un paraje plano de tierra rojiza en donde se encuentra enterrado un tesoro oculto por el padre Buceta, quien por 1800, siendo cura del lugar, enterró una gran cantidad de dinero. Cuentan los lugareños que para poder sacarlo “es preciso vencer a dos toros negros que lo custodian. Se dice que un osado aventurero pretendió en alguna

ocasión apropiárselo y fue hallado, al día siguiente, destrozado cerca del camino”.²¹

Narraciones semejantes existen en Venezuela, Perú y Argentina, por citar algunos ejemplos. En los casos descritos, el toro parece referir a un arquetipo a partir del cual se asocia la riqueza con la fecundidad.

En muchas culturas el toro es la representación terrena de la luna, ya que cuando ésta se encuentra en cuarto menguante se asemeja a la cornamenta de un toro. Luna y representación de toro remiten a su vez a los ciclos menstruales y la fecundidad. En otras culturas, como la mesoamericana, la fecundidad es representada por una cueva, como queda establecido en el Chicomoztoc azteca o “lugar de las siete cuevas”. El proceso de mestizaje ha integrado muchos de estos símbolos arcaicos de manera que, por ejemplo, las apariciones míticas de toros ahora suelen ser frecuentes en las cuevas. Así lo atestigua esta leyenda moreliana llamada “La cueva del Toro”.

Pero la representación del toro también existe como parte de la tradición bantú africana. Jorge Amós Martínez publicó recientemente un libro acerca de la tradición de los toritos de petate en Morelia y otras poblaciones michoacanas.²² En él demostró la existencia de una veneración totémica al búfalo mantenida por los esclavos bantús que llegaron a América durante los primeros años de la Colonia. Dicha veneración al mezclarse con las actividades ganaderas de la Nueva España terminó por asociarse con el toro español. En este caso, para las tribus bantús el toro representa el espíritu de los ancestros y la fuerza vital de los hombres, es una

²¹ Pérez García, Luis, “Los tesoros escondidos”, *Ocaña Siete Días*. Véase: <http://www.cocota.com/histcult/tesoros.htm>

²² Martínez Ayala, Jorge Amós, *¡Epa! Toro prieto. Los “toritos de petate”. Una tradición de origen africano traída a Valladolid por los esclavos de lengua bantú en el siglo XVII*, (El vuelo de Minerva), Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 2001, 311pp.

²⁰ Ver: *Aljaranda*. Revista de Estudios Tarifeños, año VII, Núm. 24, primer trimestre, marzo de 1997. Publicada en la red: <http://www.tarifaweb.com/cultura/aljaranda/num24/art7.html>

representación asociada con la fertilidad, "con la potencia masculina que fecunda la tierra". Debido a ello los bantús del sur de África, para pedir las lluvias, sacrificaban un toro negro, tal vez con un sentido parecido al que, a decir de don Felipe Cuara, llevaba al campesino a matar a un toro para que su espíritu custodiase una ofrenda destinada a dios. Por su condición "oculta" de ancestro mítico o custodio de una ofrenda, para lograr la complacencia del toro habría que colocar cirios y rezar antes de buscar.

Un secreto

Otro de los elementos que parecen relevantes de la narración de don Felipe es la existencia de un encanto que contiene un secreto que impide encontrar la riqueza. En este caso, para develarlo hubo necesidad de recurrir a un adivino, quien conversó con "el dueño de ese dinero" y así se conoció la forma de romper el encanto. Parte fundamental de toda búsqueda es llegar a esa verdad oculta y al conocimiento. Luis Mendoza, otro buscador de tesoros uruapense, en el siguiente cuento argumenta la importancia que reviste la cuestión:

"Mira, hace como unos seis años que un señor enterró un dinero acá en Pátzcuaro, lo traiba aquí en la cabeza (dentro del sombrero) e iba a caballo, pero era el tiempo en que había cerezas y andaba un señor en la punta del cerezo comiendo cerezas. Vio que venía el señor y dejó que se arrimara, y él, come y come cerezas, viendo cuando el del caballo sacó un cantarito, un tazoncito ansina, y una palita chiquita con la que hizo un hoyo para enterrar el cántaro con el dinero; quedó altito así del bordo de la tierra (un metro, más o menos); después fue y se cortó unas matas de zurumuta, que es de donde sacan ustedes los popotes para el papalote, luego la hirvió y la enterró junto al dinero, a dejarla ahí para que se pudriera, pero antes le dijo: 'víbora que has de volver', luego se puso las espuelas y se montó al caballo y echó una arrancada, ¡jarre cabrón!, ¡jarre hijo de la chingada!, con el caballo dando vueltas en

círculo, y el otro allá arriba viendo nomás, oyendo las insolencias, eso para que al sacarlo se oiga todo aquello, entre el miedo y no se saque nada.

El que estaba arriba, cuando vio que el señor iba ya lejos se bajó, agarró un palito y empezó a quitar la tierra y entonces descubre el manojito de zurumuta, ¡ya se movía!, ¡fíjate nomás en que poquito rato, ya se movía y se estaba convirtiendo en víbora.

Dijo:

'al cabo ya se lo que eres',

que la agarra con un palito y que avienta la rama de zurumuta y que saca la tierra y el dinero, pero fue porque estaba oyendo lo que estaba diciendo, porque conocía el secreto".²³

Tanto la narración de don Felipe como la de don Luis parecieran remitirnos a algunos planteamientos de la alquimia medieval; sobre todo por el énfasis otorgado al proceso que permite "develar el secreto oculto" detrás de todo "entierro". Para los alquimistas todo proceso de transformación de los metales implicaba la recreación del mundo a través del proceso alquímico, cuyo fin último, como ya mencionamos anteriormente, no era el obtener oro sino el llegar a conocer los secretos de la naturaleza.

En el caso de la historia contada por don Luis la relación parece ser más evidente, puesto que cuando el sujeto del caballo decide enterrar el dinero, al momento de encantarlo se suceden una serie de procesos de transformación precedidos por un efecto de putrefacción. Para don Luis el secreto radica en la eliminación del encanto que custodia el tesoro, es decir, en la transformación de la zurumuta, en serpiente. Esto es la base del secreto guardado.

Para los alquimistas el proceso de putrefacción lo denominaban "nigredo" y éste precedía la transmutación de un metal en otro. Para los alquimistas dicho

²³ Entrevista con Luis Mendoza Sierra, barrio de San Juan Bautista, Uruapan, Michoacán, 24 de febrero del 2001.

proceso abría las puertas a los secretos del conocimiento y a la realización interna. Alberto Magno, reconocido alquimista, quien también fue llamado Alberto de Colonia o "el teutónico", nos da una receta similar a la contada por don Luis, misma que se encuentra en el capítulo denominado "Las virtudes de algunas yerbas" de su libro *Los maravillosos secretos*, publicado en la segunda mitad del siglo XIII.

La decimosexta (hierva) la llamaron los caldeos Cartulin, los griegos Quinquifolium, y los franceses Serpentine. Esta hierba nos es bastante conocida. Si se le entierra con una hoja de trebol, se formarían serpientes rojas o verdes. Si colocamos esta hierba bajo la cabeza de alguien que esté en cama, no dormirá nada mientras no la retiremos de allí.

En otro apartado, menciona que si se hace una especie de círculo con hojas de fresa, éste podrá retener una serpiente como si estuviera muerta y si el círculo se rompe entonces la serpiente saltará buscando su libertad.²⁴

El sentido de perfeccionamiento interior basado en un anhelo comunitario

Sin embargo tal vez el nexo más evidente entre la alquimia y la práctica de buscar dinero sea que quienes participan en ella comparten un principio de autorealización: "El alquimista sabe que su obra guarda una estrecha relación con el alma humana, con la verdad, con encontrarse a sí mismo, con encontrar la piedra filosofal, no en lo trivial sino en lo más profundo".²⁵

²⁴ *Los maravillosos secretos de Alberto Magno*, México, Editorial Posada, p. 66.

²⁵ Palau, Pedro Angel, *Op. Cit.*, pp. 42-43.

Por ese sendero, donde el sentido último de "la obra" es la perfección del espíritu, caminan los buscadores de dinero de Uruapan, sólo que ellos incorporan otros principios relacionados con una idea de colectividad e integración comunitaria. Si bien, ello no forma parte de un discurso coherente y reconocido de manera consciente, si podemos afirmar que subyace detrás de sus prácticas y entendimientos sobre algunas nociones como: la envidia, la avaricia o la riqueza.

Para la mayoría de los buscadores la fortuna se puede encontrar de forma individual y fortuita, "cuando el tesoro te encuentra a ti". En este caso existe una idea de predestinación, en el que la riqueza llegará a tus manos como una especie de compensación por aquellas acciones que hayan sido del agrado de Dios. Sin embargo, una vez que se tiene fortuna no debe haber avaricia, ya que ello traería la desgracia y la pérdida de la riqueza.

Un segundo caso, es cuando se intenta buscar algún tesoro oculto. Dicha acción no es individual sino colectiva, dado que el manejo de los instrumentos de adivinación (las varas españolas u horquillas) debe ser realizado al menos por dos personas. Para obtener éxito los participantes no deberán tener sentimientos negativos como el enojo o la envidia, ya que ello podría acarrear que el dinero buscado trasmutase en tierra, piedra o arena. Se convertiría, a decir del buscador Enrique García, en "*el oro de la pasión*". Don Felipe Cuara, quien ha buscado un tesoro oculto desde hace más de 30 años, reconoce que "no es difícil encontrar dinero, lo difícil es hallar compañeros, gente que sea de confianza, que no te traicione y si te ayude, eso es lo difícil".

En palabras de un alquimista, a la acción de los cuatro elementos naturales (tierra, aire, fuego y agua) habría que agregar la *quinta esencia* o espíritu, como bien lo aclara Artefio en su *Libro Secreto*:

¡Oh Dios, cómo a través de la naturaleza, cambias el cuerpo en espíritu! Lo que podía

hacerse si el espíritu no se incorporase con los cuerpos, y los cuerpos no se hiciesen volátiles con el espíritu, y después permanentes y fijos. Por esta razón ellos han pasado del uno al otro, y, por influencia de la sabiduría, son convertidos el uno en el otro. ¡Oh sabiduría! Como haces que el "ror" más fijo sea volátil y fugitivo, si, aunque por naturaleza sea la más fija de todas las cosas del mundo.²⁶

Ese componente espiritual pareciera ser el que define el ánimo y la tenacidad de los buscadores; y aún cuando fracasasen en sus intentos, el fin último busca orientarse en torno a un afán de colectividad y compañerismo. Probablemente los alquimistas contemporáneos se han topado, sin saberlo, con el tesoro: con el deseo medieval que les impele a buscar la felicidad en el espíritu y no en las cosas.

²⁶ Artefio, El Libro Secreto. Extraído de Guillaume Murette, *Trois Traitez de la Philosophie Naturelle*, 1612. Biblioteca electrónica de alquimia. <http://www.azogue.com>